

Una historia de amor

Seremos como
Tierra y Cielo, fundidos
acabaremos.

(Enrique Ascordebeitia)

¡NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA!

¡NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA!

Según han informado fuentes cercanas de la estación de radio de la Universidad Abierta de Tokio, dos célebres luchadores de sumo del establo del honorable Maestro Toshiro Udo han sido hallados muertos en una habitación del hotel donde se alojaban en Osaka.

Fue a primeras horas de la mañana cuando dos miembros del equipo decidieron subir a las habitaciones ante la tardanza de sus compañeros. Habían quedado citados en la recepción del hotel a las cinco de la mañana y eran pasadas las seis.

Algo no marchaba bien.

El equipo de Toshiro había participado durante el fin de semana en un torneo internacional de sumo con un éxito sin precedentes. Uno de sus *rikishi* logró alzarse contra pronóstico con la medalla de oro en la categoría de cuerpo a cuerpo.

Los propios miembros de la expedición confirmaron que los luchadores cenaron a media tarde, celebraron con sencillez el éxito del establo y se retiraron temprano a sus aposentos.

Al ver que no contestaban a los golpes en la puerta, decidieron informar a la dirección del hotel. El gerente se presentó inmediatamente, subieron con celeridad al ascensor y se dirigieron a las habitaciones. Llamaron de nuevo y, al ver que no había respuesta, este decidió utilizar su llave maestra y abrir la puerta.

Un mal presagio los atenazó por un instante.

Entraron y, en apariencia, todo estaba en orden. La cama se hallaba intacta, la ropa del luchador permanecía encima de una mesa pulcramente doblada y al lado una botella de agua y una tetera aún caliente.

También se encontraron dos vasos y un frasco diminuto con un líquido incoloro que no reconocieron en ese momento.

Lo único que quedaba ahora por inspeccionar era el baño. Se miraron, pero fue el manager quien hizo un gesto con la cabeza para encabezar el grupo.

Entreabrió la puerta con discreción y todo parecía estar en su sitio.

Las miradas apuntaban ahora a la espaciosa bañera.

La cortina impedía adivinar lo que trascendía detrás. El gerente la apartó violentamente con sus manos y lo que vio no se lo podría haber imaginado en un millón de años.

Allí yacían los cuerpos inertes de los dos luchadores de sumo desnudos, abrazados y con las caras próximas como dos niños. Para añadir más misterio, los dos tenían los labios pintados de rojo y los ojos de azul.

No presentaban signos externos de violencia, pero sería la policía y los forenses los que determinarían más tarde eso y las causas con más certeza.

La escena era entre tierna y desoladora. Los allí presentes no podían dar crédito a lo que presenciaban.

Un sudor frío les corrió por el cuerpo.

Una hoja de papel con un haiku posaba en el cristal del espejo del baño.

La familia lloraba desconsolada, no se hacían a la idea de dejarlo marchar tan joven a la gran ciudad. La madre se inclinaba una y otra vez hacía el muchacho y su padre no paraba de darle consejos. Aunque, ciertamente, su experiencia fuera de la región de Konta era escasa. Apenas había salido de allí dos veces. Sus dos hermanos pequeños asistían atónitos a la escena. Algo pasaba, pero todavía no sabían si era bueno o malo.

Riku abandonaba su pueblo natal de Maebashi allá en las montañas y se marchaba a uno de los establos de sumo más prestigiosos de Japón. Su carrera a nivel local había llegado a su fin con honores y era la hora de medirse con los grandes. Apenas contaba con diecinueve años y se desplazaba sólo. Con extraños. Desde temprano había sentido la llamada de la lucha cuerpo a cuerpo. Era su pasión y siempre se dedicaba a ella con su alma. Fue a los siete años cuando ganó su primer campeonato. Después, una carrera meteórica lo acompañaría.

Su cuerpo crecía y se agrandaba día a día. Sus músculos se tensaban con una fortaleza casi inhumana y su salud era rocosa y envidiable.

Después de ganar tres trofeos el año anterior, decidió incorporarse a un establo local, donde recibió su primera instrucción formal. Sus condiciones físicas eran impresionantes: doscientos cinco centímetros de altura y doscientos cuarenta y ocho kilos. Era un diamante al que tan solo había que pulir. El tiempo haría el resto.

Y así fue... en parte.

Riku destacaba en todos los campeonatos. Ganaba los asaltos en segundos. Su fuerza natural desestabilizaba a sus contrincantes desde el inicio.

Fue entonces cuando su Maestro decidió solicitar un puesto regente en el establo de su amigo y mentor, el Maestro Toshiro en Tokio, centro mundial del sumo.

Montado en un carro, su padre lo transportó hacia la estación de trenes local. Ninguna palabra entre los dos. Ningún comentario.

Riku había sido así toda su vida, un chico grande, pero de poca conversación, tímido, introvertido, apenas hablaba incluso con sus amigos y era, en general, muy reservado para sus cosas. Su familia lo respetaba. Aunque alguna vez en la casa sus padres habían pensado en llevarlo a un doctor, pero con el tiempo desistieron. Los vecinos creerían que el chico tendría alguna deficiencia, se reirían en la escuela o lo humillarían durante las peleas de sumo.

Padre e hijo se despidieron en el arcén junto al vagón donde estaba su asiento. Riku se sentó junto a la ventana, echó un vistazo al paisaje por última vez y con la mano derecha se despidió.

El tren avanzaba lento.

Su corazón latía vehemente.

Diecinueve años de su vida se quedaban atrás. Sus deseos de estudiar arte, pospuestos. Amigos de la escuela, vecinos y familiares ya no formarían parte de su nueva vida. Estarían en su corazón para siempre, pero no sería lo mismo.

En el peor de los casos, quién sabe, era la última vez que los veía.

Este pensamiento lo entristeció por unos segundos, luego tomó sus notas y empezó a escribir un haiku.

Después de un viaje de más de cinco horas, el joven luchador se encontraba en los establos del honorable Maestro Toshiro. Un lugar en apariencia humilde y con decoración austera. En la puerta, un trabajador lo recibió sin ninguna ceremoniosidad y se dispuso a mostrarle su habitación. Una cama enorme en el suelo y una puerta corredera que apenas aportaba intimidad. No es que en su región el lujo abundara en esos tiempos, pero pensó que en la gran ciudad sería distinto.

Su presentación al resto del establo estaba dispuesta para dentro de tres horas. Allí conocería a los demás luchadores y al honorable Maestro. Entretanto, aún tenía tiempo para conocer el resto de la estancia.

Lo primero que visitó fue el *dojo*, o sea, el área circular de tierra arcillosa separada en dos mitades por una cuerda de arroz.

Era imponente.

Podía recrear en su imaginación entrenamientos y combates épicos con los luchadores más legendarios.

Noches de gloria; sueños rotos.

Estaba decorada de forma minimalista con el nombre del establo, tres ventanas para dejar entrar la claridad sin que los caminantes pudieran figonear, y una foto del Maestro.

Luego pasó a la cocina comunitaria y saludó a los cocineros, sin saber que, al contrario que en su ciudad natal, los luchadores de su rango también participan en las tareas domésticas.

Las noticias se esparcieron en el establo como un trueno en horas previas a la llegada de Riku. Su reputación lo precedía, lo que no sentó bien a los luchadores más veteranos. En concreto, a los que se conocía como La Banda. Cuatro luchadores con mucho prestigio: Hinaka, Aoi, Fumihiro, y Naoki, que controlaban el establo a su antojo y que no querían que las cosas cambiaran.

Llegó la hora de la presentación y todos se colocaron donde correspondía por rango: primero los *toriteki* y luego, los *sekitori*. Minutos más tarde, irrumpió el honorable Maestro Toshiro Udo por una puerta de madera.

Un silencio sepulcral invadió el establo.

—Estimados *rikishi*, hoy tenemos el placer de darle la bienvenida a una joven promesa del sumo. Viene de la Región de Konta con una marca de victorias impresionante. Tiene diecinueve años y de aquí en adelante será nuestro compañero. Por favor, recibidlo con un aplauso grande.

¡Riku Akutanabe!

Su figura hizo aparición por una de las esquinas del *dojo* donde estaba esperando detrás de una puerta vieja.

Los comentarios en la sala no se hicieron esperar. Un cuerpo voluminoso, que no gordo, de una estatura imponente y con cara de niño, se personó en medio del círculo de forma ceremoniosa e hizo una señal reverencial a todos los presentes.

Los componentes de La Banda, que permanecían expectantes, quedaron asombrados ante la figura del muchacho.

Lo miraban desafiantes.

Debían de empezar a hacer su trabajo desde el principio para aislarlo. No era la primera vez ni sería la última. Y llegarían tan lejos como hiciese falta. Sin embargo, algo les decía en su fuero interno que esta vez las cosas no serían tan fáciles como en el pasado. La imponente presencia física del novato intimidaba sobremanera.

La vida en el establo era dura, los entrenamientos agotadores y nada indicaba que sus relaciones con los otros luchadores iban a mejorar en un futuro inmediato.

¿Había merecido la pena el cambio?

Las rutinas diarias guiaban su vida. Se levantaba a las cinco de la mañana con el grupo de luchadores más modestos de rango e iba a entrenar. Los ejercicios eran físicamente extenuantes: más de tres horas y media de trabajo al día.

Luego el baño. Era la hora de aclararse la arcilla de los pies y el sudor frío del cuerpo.

Cada día, se quedaba una hora para ver los entrenamientos de los *sekitori* y aprender de ellos. Después, nada más reconfortante de tanta actividad que una buena comida. Dos al día nada más, pero con más de tres mil calorías cada una, que ellos mismos se encargaban de preparar y que normalmente consistía, con pequeñas variaciones, de agua o té, *chanko-nabe*, arroz y fideos Udon.

Una siesta de treinta minutos y, si no tenía quehaceres en el establo, un paseo por la ciudad antes de la cena.

Aunque la dureza de la vida que llevaba era realmente extrema, ese no era gran problema para él. Lo que verdaderamente le preocupaba era el hostigamiento que sufría a diario por parte de los otros luchadores. Y no solo de los cuatro de La banda.

No pasaba el día sin que tuviera un incidente con alguien. Si no le quitaban la ropa cuando estaba en la ducha, le ponían algún ratón muerto en su cama o vertían el plato de comida encima durante el almuerzo cuando pasaban por su lado.

Era duro no tener amigos.

Un día una cuadrilla del establo entró por sorpresa en su habitación con el propósito de destrozar las escasas pertenencias que poseía y enseñarle, de paso, una lección. Una vez dentro, advirtieron colgadas en la pared hojas que contenían oraciones cortas, pero aparentemente, sin sentido.

Cuando comentaron el hallazgo con los demás compañeros, uno del grupo, que había asistido a la escuela primaria, reconoció lo que era.

¡Es un haiku!

¡Un poema típicamente japonés!

En un primer instante se miraron sorprendidos, pero luego, se echaron todos a reír.

—Eso no es cosa de luchadores.

—No es un hombre de verdad.

Los rumores pasaron de boca en boca rápido, aquel niño grande y fortachón gustaba de escribir poesía.

—Eso es cosa de chicas.

Aunque las burlas empezaron a desesperar a Riku, él seguía mentalizado en seguir adelante. Su pasión por el sumo no iba a cambiar por la insolencia de un grupo de luchadores mediocres.

A todo esto, qué Hinaka, uno de La Banda, que participó de risas y burlas en una primera instancia, y al ver que el problema estaba afectando al chico, decidió que era hora de parar esta locura.

—Una broma es una broma, pero esto traspasa los límites.

Pensó, entonces, intervenir en la disputa y pidió a los demás luchadores que desistieran en su actitud. Habían llegado bastante lejos: todos eran parte del establo y tenían, al menos, que respetarse.

La expedición del establo se encontraba en la ciudad de Fukuoka para su prestigioso torneo de sumo. Treinta y cinco luchadores y ayudantes habían recorrido en unas cuatro horas el trayecto desde Tokio. Ya se encontraban instalados en un hotel cercano al Centro Fukuoka Kokusai, enfrente de la Oficina de Correos local.

Era un verdadero templo del sumo.

Luchadores de todos los rincones del Japón se preparaban para los seis torneos grandes, y Fukuoka era uno de ellos. El recinto tenía cabida para más de diez mil espectadores repartidos en varias secciones, y con la más sofisticada tecnología, desde techo móvil y asientos giratorios a robots sirviendo bebidas.

El dojo estaba situado en el centro encima de un montículo rectangular de arcilla rodeado por cuerdas de arroz. Los espectadores estaban tan cerca de los contendientes que daban un tono de teatralidad que hacía el ambiente insuperable. Una especie de cabaña de madera se suspendía del techo con banderines de colores representando los lugares de origen de los contendientes. Los samuráis se situaron alrededor del círculo con gran armonía a pesar de esos cuerpos gigantescos. Un sacerdote sintoísta realizó el ritual que ha pervivido más de mil quinientos años en los sepulcros japoneses y que hace de este deporte como el más organizado y antiguo del mundo.

Riku se estrenaba con un *rikishi* de menor categoría. Se notaba tenso, la presión de los otros luchadores, junto con los incidentes de los últimos días, apenas le habían dejado dormir.

Esperaba que esto no fuera a afectar ni a su condición física ni emocional. No tenía a nadie de su parte y tendría que mostrar valentía y resistencia una vez más.

El luchador de menor categoría empezó agresivo y estuvo cerca de empujarlo fuera del círculo. Agarró su cinturón por sorpresa y casi pierde el equilibrio. Riku se repuso diligente y con un golpe elegante desplazó a su contrincante fuera de su área defensiva, quien en su caída atizó a Riku en un ojo con el puño, siendo descalificado automáticamente por el árbitro.

Había estado a punto de perder el combate por una falta de concentración imperdonable. Pero lo peor había pasado. Mientras se recuperaba, pudo observar a dos miembros de La Banda que lo miraban con resentimiento. Esperaban verlo perder, sin duda, pero tendrían que dejarlo para la próxima pelea.

No lo iba a poner fácil Riku, que se sentía más fuerte a medida que pasaban los combates. Se estaba convirtiendo en la revelación del campeonato y tanto medios de comunicación como periodistas asistentes iban tras él para entrevistarlo. Esto no gustó nada Aoi, Fumihiko y Naoki quienes, se veían relegados a un segundo plano, pues, además, perdieron sus combates en las rondas de calificación.

Solo Riku continuaba imparable hacia la final.

Tuvo que dirimir fuerzas con el número dos del ranking en las semifinales, pero, por fortuna, sobró con un *tsuppari* para descalificarlo. No cabía duda, tenía un talento innato para este golpe: agarrar el cinturón de manera agresiva y... fuera.

Siguiente.

Para su desgracia, perdió en la final contra el número uno del establo de Osaka, un luchador diez centímetros más alto y veinticinco kilos más grueso. Había estado tan cerca.

Hinaka lo contemplaba desde su asiento con orgullo.

Lloraba de emoción.

Llegar a la final con tan solo diecinueve años era un mérito del que pocos podían presumir. La alegría en el establo de Toshiro era indescriptible. En el hotel donde se alojaban les prepararon una pequeña fiesta. No eran los *rikishi* muy dados a ello, pero esta vez había una razón poderosa. Bebieron sake y cerveza y cenaron *chanko-nabe* de pollo con fideos y arroz..., pero no todos los luchadores estaban felices. Y se lo hicieron saber a Riku. Cuando se retiraba a sus aposentos descubrió que la puerta de su hotel estaba abierta. Se esperaba lo peor. Entró y pudo comprobar cómo una liebre yacía degollada sobre la cama.

Y una amenaza: *Shinigami*.

Hinaki, al enterarse de lo ocurrido, fue a visitarlo. Estaba furioso.

Lo encontró en el suelo llorando desconsolado. No era tanto por el animal muerto, pues había visto en su región cosas peores, sino porque se sentía humillado. Era una falta de respeto hacia su persona y como luchador. Hinaka se mantuvo durante horas a su lado. Le estaba tomando cariño al chico. Que sí, era tímido y cohibido a veces, pero qué tenía un buen corazón, despojado de toda malicia. No era justo por lo que estaba pasando, y él le iba a ayudar.

El viaje de regreso a Tokio fue un funeral. Nadie dijo nada durante el trayecto en tren. La banda lo menospreciaba en cada oportunidad que se le ofrecía y el resto del establo, por miedo a lo que dijeran estos, no entraba en polémicas.

Para empeorar las cosas, Aoi escuchó rumores sobre la *amistad* entre Riku y Hinaka. Se entero que había visitado al muchacho para consolarlo y que, además, pasó la noche en su habitación.

—¿Con un muchacho que hace haikus?

De nuevo, las burlas se sucedieron al día siguiente de volver de Fukuoka.

—Casi gana un campeonato de sumo, y no es capaz de poner su habitación a salvo—decían algunos luchadores—.

Riku aguantaba de la mejor forma posible las embestidas de sus compañeros. Se refugiaba en los haikus del gran maestro Matsuo Basho y en pequeños paseos que a diario daba con Hinaka, que, por cierto, cada día gozaba de más descrédito ante los ojos del resto de los integrantes de La Banda. Pero ya nada le importaba, había estado ciego durante muchos años en la compañía equivocada y por nada en el mundo iba a dar la espalda a su nuevo amigo.

Es más, un domingo, durante su tiempo libre, fueron dar un paseo juntos. Era una de las pocas veces que a Riku se le había visto feliz. Decidieron ir a visitar el templo de Ekoin, que honra a los luchadores de sumo fallecidos, y que es un emblema nacional. Se marcharon temprano del establo, tomaron el autobús, se bajaron a unos escasos metros de la entrada y accedieron a través del camino angosto rodeado de rocas y cuencos de barro. El templo era un claro ejemplo de arquitectura minimalista, tanto en el interior como en el exterior. Estaba rodeado de árboles que lo aislaban del resto del área. Accedieron por las puertas con capiteles y columnas de estilo asiático a las habitaciones interiores. La gente miraba sorprendida a los dos gigantes. Les pedían autógrafos y querían hacerse fotos con ellos. Los muchachos actuaban con naturalidad y cariño con sus conciudadanos. Estaban disfrutando del día y nada iba a cambiarlo. Entre risas, accedieron a una sala de estar con una decoración simple: una mesa, un biombo y unas ventanas inmensas por la que entraba un sol espléndido. Luego, accedieron a la sala de oración y, finalmente, al corredor.

El día pasó en un suspiro —se decía Riku para sí mismo-. Tenían que volver al establo para la cena, y eso lo entristeció un poco.

Poco a poco empezaba a remontar el vuelo con la ayuda de Hinaka, los días se hacían más amenos y las burlas de los demás luchadores empezaban a cesar. Creía que un tiempo nuevo había llegado y con él un horizonte de posibilidades y sueños a cumplir.

Desgraciadamente, durante un entrenamiento sufrió un desmayo y tuvieron que ingresarlo en el hospital más cercano al establo.

Se temió por su vida.

Riku pasó una temporada ingresado durante la cual solo recibió la visita de su único amigo.

Los doctores tardaron tiempo en hallar la patología, lo que hizo que su salud se agravara por momentos. Fue a la semana de su ingreso cuando encontraron el problema: una calcificación de la aorta impedía el riego sanguíneo del corazón, lo que hacía que el muchacho se cansara en los entrenamientos. Si el problema no era suficientemente grave, una infección en los pulmones e hígado agravó su estado.

Los rumores en el establo se propagaban con el furor del fuego. Incluso, algunos daban por sentado que la muerte del muchacho era inminente. Sufría una enfermedad incurable que le costaría la vida. El alborozo de algunos luchadores ante la noticia era tremendo. La idea de que Riku no volviese les causaba alegría.

Por fortuna, el tiempo, las labores de los doctores en el hospital y la ayuda permanente de un cada día más cercano Hinaka salvaron al pequeño gigante, quien, sin aviso previo, apareció por el establo dejando al resto desconcertado.

Su salud no era la más adecuada todavía, pero la ayuda inestimable de su amigo, que pasaba las noches pendiente de sus necesidades, hacía que la recuperación fuera más rápida.

Una noche Riku, medio dormido, agarró la mano de Hinaka.

—Gracias por todo, amigo.

Y así pasaban noche tras noche, juntos, departiendo, comentando anécdotas, leyendo haikus. Y reflexionando sobre el sumo, la vida misma, y si merecía la pena seguir en esa situación. A lo mejor, era tiempo de cambiar, antes de que la situación los cambiará a ellos. Antes de que no hubiera vuelta atrás.

—¿Empezar juntos en otro sitio?

—Se preguntaban el uno al otro.

Pregunta qué se quedó sin respuesta, pues el tiempo se estaba acortando a pasos agigantados, sin saberlo ni ellos mismos. O quizás, ¿sí?

Naoki, uno de los miembros de La banda, se pasó por los aposentos de Hinaka. Al no ver luz, decidió ir a los de Riku. Allí estaban los dos amigos departiendo ensimismados sin saber que estaban siendo espiados por uno de sus compañeros. Al ver la escena, entró en cólera, y decidió llamar a los otros miembros: Aoi y Fumihiko y, también, a varios luchadores que se habían unido al infame grupo. Se reunieron en la habitación de Aoi y citaron a Hinata en una habitación contigua a la cocina.

Fue uno de los jóvenes valores quien hizo saber a Hinaka que dentro de dos horas había una reunión, y su asistencia era obligatoria. Aoi, Fumihiko y Naoki tenían que comunicarle algo importante.

La espera fue tensa para los luchadores de La banda. Cuando llegó Hinaka, le recriminaron su actitud de intentar humillarlos para ayudar a un *aldeano* —en referencia a que Riku no era de Tokio—.

—La reputación del establo ha sufrido un daño irreparable. Los rumores de vuestra amistad han traspasado barreras y en estos momentos somos el hazmerreír de la ciudad. Esta será la ruina del honorable Maestro Toshiro Udo. Y, tú, uno de los responsables. Antes de que esto llegue a sus oídos y os eche —nosotros se lo diremos si hace falta—, Te pedimos que acabes con esta farsa. No podemos tener aquí una persona cómo Riku. Y, tú, sí, tú, serás el encargado de ponerle fin.

—Hemos preparado un plan para asesinarlo ... —o serás tú el que muera en su lugar—.

—La semana que viene vamos a un torneo en Nagoya. Los rivales de Riku son superiores a él. Cuando pierda una pelea, entrarás, como siempre haces —risas irónicas—, a consolarlo y en un descuido verterás aceite de Fugu en su vaso. Te marcharás cuando el sueño le empiece a vencer. De esta manera, nadie se enterará de nada. Pensarán que ha cometido suicidio ante la deshonra de perder un combate.

El torneo llegó, pero, desgraciadamente para La banda, la derrota de Riku, no. Parecía estar en su mejor momento, contento y despierto, y con ganas de luchar. Se notaba su alegría y esto se plasmó en sus combates. Acabó primero en su categoría, ganando la medalla de oro.

Hinaka miraba a la vez feliz y triste a su amigo.

Los acontecimientos se precipitaron y Aoi mando una nada velada amenaza a Hinaka.

—Mañana por la noche es nuestro último día en el hotel. Aquí deberás acabar con el mandato. Tu o él, elige —amenazó Aoi.

Fin.

Huye el rocío.
En este mundo sucio
no hago yo nada.

(Kobayashi Issa)